

216 *Las Aventuras de Gil Blas.*
tud quizá habríamos gemido de por vida sin
que tú hubieses oído hablar nunca de nosotras.

CAPITULO VI.

*Prosigue la historia del hijo y de
la madre.*

Tal fue, señores, prosiguió Don Rafael, la
relacion que mi madre nos hizo. Coloquéla des-
pues en el mejor quarto de mi casa, donde vi-
viese con toda libertad, y como mejor la pare-
ciera: cosa que fue muy de su gusto. Habiase
arraigado en ella un hábito de amar tan inve-
terado en virtud de tan repetidos actos, que
absolutamente no podia estar sin un amante ó
sin un marido. Anduvo vagueando por algun
tiempo, poniendo los ojos ya en este, ya en
aquel de mis esclavos; pero finalmente fixó
toda su atencion en Aly Pegelin, un rene-
gado Griego que frecuentaba mi casa. Inspi-
róla éste un amor aun mucho mas vehemente
que el que habia concebido por su adorado
Colifiquini, y era tan diestra en enganchar á
los hombres, que halló el secreto de encantar
al tal Griego. Aunque conocí desde luego que
obraban de acuerdo los dos, me dí por desenten-
dido de su trato, pensando solo en el modo de
restituirme á España. Habíame dado licencia el
Bey para armar en corso y exercitar la pyrate-
ría.

Tomo II.

fol. 216.



T. L. Enquid. sculp.

*Lusinda Cautiva en Argel la compra su hijo
D.ⁿ Rafael juntamente con una hermana*

ría. Ocupábame enteramente el cuidado de este armamento, y ocho dias antes que se acabase dixé á Lucinda: madre, presto saldremos de Argél, y dexarémos para siempre un lugar que tanto detestais y aborreceis.

Mudósele el color al oír estas palabras, y se quedó suspensa, guardando un profundo silencio. Sorprendióme esto estrañamente, y la dixé admirado: ¡qué es esto, señora! ¡qué novedad veo en vuestro semblante! parece que os affigís en vez de alegraros. Parecíame á mí que os daba la noticia mas gustosa participandoos que estaba disponiendo nuestro viage para España, y conozco que ya no deseais restituiros á vuestra amada patria. Así es, hijo mio, me respondió: confieso que ya no lo deseo. Tuve en ella tantos disgustos y tantas pesadumbres, que la he renunciado para siempre. ¡Qué es lo que oigo! exclamé penetrado de dolor. ¡Ah señora! no digais que los disgustos recibidos en vuestro pais son los que os le hacen aborrecer, decid que los nuevos amores entablados en éste os han hecho odioso aquel. ¡Santos Cielos, y qué mudanza! Quando llegasteis á esta Ciudad todo quanto se os ponía delante os causaba horror. Aly Pegelin es el que os hace mirar las cosas con otros ojos. No lo niego, respondió Lucinda. Verdaderamente que amo mucho á este renegado, y quiero que sea mi quarto marido. ¡Qué proyecto es el vuestro! interrumpí todo horrorizado. ¡Vos casaros con un Mahometano! Sin duda habeis olvidado que sois Christiana,
ó

ó solamente lo habeis sido hasta aquí de puro nombre. ¡Ah, madre mia! ¡y qué de cosas no estoy viendo ya! Habeis resuelto perderos para siempre, porque vais á hacer por vuestro gusto lo que yo hice únicamente por flaqueza y por necesidad.

Otras muchas cosas la dixe para desviarla de aquel diabólico intento, pero prediqué en desierto, y á un peñasco. Había tomado ya su partido. No contenta con dexarse arrastrar de su mala inclinacion, abandonándome á mí por entregarse á un renegado, quiso llevarse consigo á Beatriz; pero á esto me opuse fuertemente. ¡Ah infelicísima Lucinda! la dixe; si nada es bastante á conteneros, abandonaos sola al furor que os posee, y no querais arrastrar á una inocente al precipicio á donde os precipitais. No insistió mas en pedir á su hija, quizá por alguna centella de luz que por entonces rayó en ella. Así lo creía yo; pero conocia muy mal á mi madre. Uno de mis esclavos me dixo dos dias despues: señor, mire Vmd. por sí. Un cautivo de Pegelin vino á confiarme un secreto que no debo ocultar á Vmd., para que no pierda tiempo en aprovecharse de él. Su señora madre ha mudado de Religion, y en venganza de que su merced no le ha querido dar á su hija está determinada á dar parte al Bey de vuestra próxima fuga. No tuve la menor duda de que Lucinda haria todo lo que el esclavo me avisaba. Habiala yo estudiado mucho, y estaba persuadido á que á fuerza de re-

representar papeles trágicos en el teatro se habia familiarizado tanto con el delito y con la crueldad, que me veria quemar vivo, y no se conmoviera mas que si viese representada en una tragedia esta catástrofe sangrienta.

Por tanto no quise despreciar el aviso que me dió el esclavo. Apresuré quanto pude las prevenciones del embarco, y por no hacerme sospechoso tomé, segun la costumbre de los corsarios Argelinos, algunos Turcos conmigo, y salí del puerto con todos mis esclavos y con mi hermana Beatriz. Ya se persuadirán ustedes que no me olvidaria de llevar todo el dinero, toda la plata y alhajas que habia en mi casa, y podia importar hasta unos diez mil ducados. Luego que nos vimos en plena mar la primera cosa que hicimos fué asegurarnos de los Turcos. Cargámoslos á todos de prisiones, lo que nos era muy fácil por ser mucho mayor el número de los esclavos. Tuvimos un viento tan favorable que en poco tiempo ganamos las costas de Italia. Arribamos á Liorna con la mayor felicidad; y toda la Ciudad, á lo que creo, acudió á nuestro desembarco. Entre los que concurrieron á él estaba por casualidad ó por curiosidad el padre de mi esclavo Azarini. Miraba atentamente á todos mis cautivos conforme iban desembarcando, y aunque en cada uno de ellos deseaba ver las facciones de su hijo, ninguna esperanza tenia de encontrarlas. Pero qué transportes, qué demostraciones, qué estrechos abrazos de alegría se dieron padre é hi-

hijo quando se reconocieron y llegaron á encontrarse? Luego que Azarini le informó de quien era yo y del motivo que me habia llevado á Liorna, me obligó el buen viejo á que no pensase en otro alojamiento que en el de su casa, juntamente con mi hermana Beatriz. Pasaré en silencio la menuda relacion de mil cosas que me ví precisado á practicar para volver á reconciliarme con el gremio de la Iglesia. Solo diré que abjuré el mahometismo con mucha mayor fé que le habia abrazado. Purguéme enteramente del humor mahometano, vendí mi navio, y dí libertad á todos los esclavos. Por lo que toca á los Turcos se les aseguró en las cárceles de Liorna para cangearlos á su tiempo por otros tantos Christianos. Los dos Azarinis padre é hijo practicaron conmigo todo género de atenciones. El hijo se casó con mi hermana Beatriz; partido que á la verdad no dexaba de ser ventajoso para él, porque al cabo era hija de un Gentilhombre, y heredera de la hacienda de Xercia, cuya administracion habia dexado mi madre á cargo de un rico labrador de Paterna quando resolvió pasar á Sicilia.

Despues de haberme detenido en Liorna algun tiempo partí para Florencia deseoso de ver aquella Corte. Llevé conmigo algunas cartas de recomendacion que el viejo Azarini me dió para algunos amigos suyos, á quienes me recomendaba como un caballero Español pariente suyo. Yo añadí el *Don* á mi nombre de

bau-

bautismo, á imitacion de no pocos paisanos míos que sin tenerle, y por hacerse honor, se le dan á sí mismos en los países estrangeros. Hacíame pues llamar con descaro *el Señor Don Rafael*, y como habia traído de Argel lo que bastaba para sostener dignamente esta postiza nobleza, me dexé ver en la Corte con decoro. Los caballeros á quienes me habia recomendado Azarini publicaban en todas partes que yo era hombre de distincion; y como no lo desmentian las modales caballerescas que habia estudiado bien, era generalmente tenido por persona de importancia.



CAPITULO VII.

Como soy christiano que ahora se sigue lo mejor de la historia de D. Rafael.

Supel entrometerme muy presto con los primeros Señores de la Corte, los cuales me presentaron al Gran Duque, y yo tuve la fortuna de caerle en gracia. Dedicuéme á hacerle la corte y á estudiar sus inclinaciones. Oía para esto con atención lo que decian de él los cortesanos mas viejos y experimentados. Observé entre otras cosas que le gustaban mucho las prontitudes, los cuentos graciosos traídos con oportunidad, y los dichos agudos. Gobernéme por estas reglas, y todas las mañanas escribía en mis tabletas los cuentos que habian de lucirlo en aquel dia, y el modo de introducir ó de traer la conversacion adonde siempre viniesen á pelo. Sabia de memoria una gran cantidad de ellos, y tantos que parecia tener un saco lleno. No obstante que procuraba gastarlos con economia, veía que poco á poco se iba vaciando el saco, de suerte que me veria precisado á echar mano de la triste figura llamada *repeticion*, si mi genio, fecundo en invenciones, no me socorriera con abundancia, de manera que yo mismo

componia cuentos galantes y cómicos, que divertian mucho al Gran Duque. Y (lo que sucede muchas veces á los ingeniosos y agudos de profesion) todas las mañanas apuntaba en mi libro de memoria las agudezas y chistes que habia de decir aquel dia, vendiéndolos como hechos de repente.

Metíme tambien á poeta, y consagré mi musa á las alabanzas del Príncipe. Confieso que mis versos no valian un comino. Por eso no fueron criticados; pero aun siendo mejores, dudo mucho que el Duque los hubiera celebrado mas: el hecho es que le agradaban infinitamente. Quizá seria por razon de los asuntos que yo escogia. Sea por lo que fuere, aquel Príncipe estaba tan pagado de mí que llegué á dar zelos á los cortesanos. Estos quisieron averiguar quien era yo, pero no lo consiguieron. Solamente llegaron á descubrir que habia sido un renegado. No dexaron de ponerlo en noticia del Príncipe, con la esperanza de desbancarme; mas se quedaron burlados. Al contrario, este chisme solo sirvió para que el gran Duque me obligase un dia á que le hiciese mas fiel relacion de mi cautiverio en Argel. Hícesela con la mayor verdad, y le divertió infinitamente.

Luego que la acabé me dixo: Don Rafael, yo te estimo mucho, y quiero darte de esto una prueba tal que no te dexes género de duda. Voy á hacerte depositario de mis secretos, y para ponerte desde luego en la posesion de confidente mio te digo que amo apasionadamente

á la muger de uno de mis Ministros. Es la muger mas linda de la Corte, pero al mismo tiempo la mas virtuosa. Ocupada enteramente en el gobierno de su familia, y totalmente entregada al amor de un marido que la idolatra, parece que ella sola ignora el ruido que hace en Florencia su hermosura. Por aquí conocerás la dificultad de esta conquista. En medio de eso esta deidad, inaccesible á los amantes, alguna vez me ha visto suspirar por ella. Ha conocido muy bien lo que pasaba en mi corazon; mas no por eso me lisonjeo de haberla inspirado amor. Ningun motivo me ha dado para consentir, ni aun para formar tan gustoso pensamiento. Sin embargo no desconfio de que llegue á serla grata mi constancia, ni creo la desagrade la misteriosa y reservada conducta con que me he arreglado hasta aquí. La pasion que abrigo en mi pecho por esta dama, de sola ella es conocida. En vez de abandonarme á mi inclinacion sin reparo alguno, abusando del poder y autoridad de soberano, mi mayor cuidado ha sido deslumbrar á todo el mundo ocultándole mi amor. Pareciame que era deudor de esta atencion á Mascarini, que es el esposo de la que amo. El desinterés y el zelo con que me sirve, los importantes servicios que me ha hecho, su fidelidad y su hombría de bien me obligan á proceder con la mas secreta circunspeccion en materia tan delicada. No quiero clavar un puñal en el pecho de un marido infeliz declarándome amante de su muger. Quisiera

ra que ignorase siempre, si fuese posible, el fuego que me abrasa y me devora, porque estoy persuadido que moriria de dolor si llegara á saber lo que ahora te confio. Deseo, pues, ocultarle todos los pasos que doy, y he resuelto servirme de tí para que espongas á Lucrecia lo mucho que me cuesta y me hace padecer la violencia á que me he condenado yo mismo. Por tu mano la haré saber mis amorosos sentimientos. No dudo que desempeñarás muy bien este delicado encargo. Introdúctete con Mascarini; procura ganar su amistad y confianza; frecuenta su casa, y haz lo posible para conseguir la libertad de hablar siempre que quieras á su muger. Esto es lo que pretendo, y espero de tí, bien asegurado de que desempeñarás el asunto con la destreza y discrecion que pide un empleo tan espinoso y de tales consecuencias.

Prometí al Gran Duque hacer todo lo posible para corresponder á su inestimable confianza, y para contribuir á la satisfaccion de sus deseos. Cumplí presto mi palabra. Nada omití para grangearme la amistad de Mascarini, lo que me costó poco trabajo. Sumamente pagado de que solicitase su amistad un cortesano bien quisto del Príncipe, me ahorró mas de la mitad del camino. Franqueóme su casa; dióseme entrada libre al quarto de su muger, y me atreveré á decir que en vista de mi respetuoso y circunspecto proceder no tuvo la mas mínima sospecha de la negociacion de que es-

taba encargado. Es verdad que como era poco zeloso, aunque Italiano, se fiaba en la virtud de su esposa, y encerrándose en su gabinete me dexaba muchos ratos solo y á quatro ojos con Lucrecia. Al principio cumplí con mi comision fielmente y á la buena. Hablé á la dama sobre el amor del Gran Duque, declarándola que venia á su casa precisamente para hablar con ella sobre este asunto. Parecióme que no estaba muy apasionada de él, pero al mismo tiempo conocí que la vanidad la hacia oír con gusto sus suspiros. Complaciase en oírlos sin querer corresponderlos. Era verdaderamente muger juiciosa y muy prudente; pero al fin era muger, y advertí que su virtud iba insensiblemente cediendo á la magnífica y lisonjera idea de tener dulcemente aprisionado á un Soberano. En conclusion el Príncipe podia con fundamento esperar que sin renovar la violencia de Tarquino veria rendida á su amor esta Lucrecia. Sin embargo, un incidente nunca previsto ni pensado desvaneció sus esperanzas, como ahora lo oirán Vnds.

Soy naturalmente arriesgado con las mugeres, costumbre buena ó mala que me pegaron los Turcos. Lucrecia era hermosa. Olvidéme de que con ella solamente debia hacer el papel de embaxador. Habléla por mí en lugar de hablarla por el Gran Duque. Ofrecíla mis obsequios sin la menor ceremonia. En vez de ofenderse de mi atrevimiento, y de responderme con enfado, me dixo sonriendose: confesad, Don Ra-

fael

fael que el Gran Duque ha tenido gran acierto en elegiros por su agente, pues tan zeloso y fiel sois en servirle. En verdad que le servís con una lealtad que no hay voces para alabarla. Señora, la respondí yo en el mismo tono, las cosas no se han de exâminar tan escrupulosamente. Dexémos á un lado las reflexiones, que conozco no me son muy favorables; yo solamente me he abandonado á lo que me dicta el corazon. Sobre todo no creo ser yo el primer confidente de un Príncipe que en punto de galanteo haya hecho traicion á su amo. Es cosa muy freqüente en los grandes señores que sus mercurios sean sus rivales. Eso bien puede ser, replicó Lucrecia, pero yo soy altiva, y ningun otro que un Príncipe será capaz de merecer mi inclinacion. Arreglaos por este principio, prosiguió ella volviendo á revestirse de su natural seriedad, y mudémos de conversacion. Quiero olvidar lo que me acabais de decir; pero con la precisa condicion de que jamas volvais á hablarme sobre semejante asunto: no haciéndolo así, prodrá suceder que os arrepintais muy de veras.

Bien que esté fuese un caritativo *aviso al lector* de que debiera yo haberme aprovechado, proseguí sin embargo en hablar de mi pasion con la mi amada Lucrecia, y ademas la importunaba con mayor ardor sobre que correspondiese á mi cariño, y llegó mi temeridad á pretender tomarme algunas libertades. Ofendida la dama de mis discursos y de mis atre-

vi-

vimientos me echó muy enorramala, amenazándome que en breve sabría el Gran Duque mi insolencia, y le suplicaría me castigase como merecia mi arrojó. Díme yo tambien por ofendido de sus amenazas. Convirtiósese en odio mi amor, y resolví tomar venganza del desprecio con que me habia tratado. Busqué á su marido, y despues de haberle hecho jurar que no me descubriría le informé de la secreta inteligencia que reynaba entre su muger y el Príncipe, pintándola á ella muy enamorada del Gran Duque para dar mas interes á la relacion. Lo primero que hizo el Ministro para precaver todo accidente fue encerrar estrechamente en un quarto á su esposa, encargando su custodia á personas de toda confianza. Miéntras ella estaba cercada de vigilantes argos que día y noche la observaban y no dexaban camino alguno por donde pudiesen llegar al Gran Duque sus noticias, yo me presenté á este Príncipe con semblante triste, y le dixé que no debía pensar mas en Lucrecia, porque Mascarini habia sin duda descubierto todo nuestro enredo, puesto que habia comenzado á zelar y guardar su muger, que yo no sabia por donde pudiese haber entrado en sospechas de mí, atendido que siempre habia usado el mayor disimulo y destreza; que quizá la misma Lucrecia habria informado á su esposo de mis pasos, y de concierto con él se habria dexado encerrar para librarse de solicitudes que sobresaltaban y ofendian su virtud. Mostróse el Príncipe

cipe muy affigido al oír este informe, y á mí entónces me compadeció mucho su dolor, y mas de una vez me arrepentí de lo que habia hecho; pero ya no tenía remedio. Por otra parte confieso que sentia no sé qué secreta maldita alegría quando consideraba la situacion á que habia reducido á una muger que solo por soberbia habia hecho tanto desprecio de mis suspiros.

Gozaba sin embargo impunemente el placer de la venganza, tan dulce á todos los corazones mal hechos, quando un dia, estando el Gran Duque con cinco ó seis Señores nos preguntó á todos: ¿qué castigo os parece mereceria un hombre que abusando de la confianza de su Príncipe intentase soplarle su dama y apropiarse su amor? Merecia, respondió un cortesano, ser desquartizado vivo: otro opinó que debía ser molido á palos hasta que perdiese poco á poco la vida. El menos cruel de aquellos Italianos, y el que se mostró mas favorable al delinqüente dixo, que él se contentaria con que fuese precipitado de lo mas alto de una eminente torre. ¿Y Don Rafael, replicó el Gran Duque, volviéndose hácia mí, de qué parecer es? Yo á lo menos, añadió, estoy persuadido á que los Españoles no son menos severos que los Italianos en semejantes coyunturas.

Conocí bien, como se puede pensar, que Mascarini no habia guardado su juramento, ó que su muger habia encontrado modo de ins-

truir al Gran Duque de quanto habia pasado entre los dos. No podia menos de conocerse mi turbacion. Con todo eso me esforcé á responder con serenidad al Gran Duque: Señor, los Españoles son mas generosos. En semejante lance perdonarian con magnanimidad al desgraciado confidente, y por este noble rasgo de bondad harian nacer en el corazon del reo un eterno arrepentimiento de un delito en que habia tenido mas parte la flaqueza que la malignidad del corazon. Pues bien, me dixo el Duque, yo me siento con bastante ánimo para este acto de magnanimidad. Perdono al traidor conociendo que solo debo culparme á mí mismo por haberme fiado á ciegas de un hombre desconocido, y de quien debia desconfiar despues de lo que me habian dicho de él. Don Rafael, esta es la venganza que tomo de vos: salid inmediatamente de todos mis estados, y no volvais á poneros delante de mí. Retíreme en el mismo punto, menos pesaroso de mi desgracia que consolado por haber salido tan bien de tan peligroso apuro.

Quando llegó Don Rafael á este punto de su historia no me pude contener sin interrumpirle diciéndole: para un hombre tan advertido como sois me parece fue grande error no haber salido de Florencia así que descubristeis á Mascarini el amor del Príncipe por Lucrecia. Debiais tener por cierto que tardaria poco el Gran Duque en saber vuestra traicion. Convento en ello, respondió el hijo de Lucinda,

II G M O T Y

y por lo mismo habia pensado huir el cuerpo quanto ántes á pesar del juramento que me hizo el Ministro de no exponerme al resentimiento del Príncipe.

CAPITULO VIII.

Dá fin á su historia Don Rafael.

El dia siguiente al de mi despedida del gran Duque me embarqué en un navio Catalan que salia de Liorna para Barcelona. Desembarqué en aquella ciudad con lo que me habia quedado de las riquezas que traje de Argel, cuya mayor parte habia disipado en Florencia por hacer la figura de caballero Español. No me detuve largo tiempo en Cataluña. Reventaba por volverme quanto antes á Madrid, encantado lugar de mi nacimiento, y satisface mis ansiosos deseos lo mas presto que me fue posible. Luego que llegué á la Corte me apee por casualidad en uno de los mesones que llaman de *Caballeros*, donde me encontré con una dama que tenia por nombre Camila. Aunque habia salido ya de su menor edad, todavia era un bocado sabroso; testigo el señor Gil Blas, que poco mas ó menos, por aquel mismo tiempo tuvo la fortuna de verla en Valladolid. No era fea, pero aun era mas discreta que hermosa.

GG 2

Nin-